

si fuere calumnia la que le imponen los que se quejan, para castigarlos ó reprimirlos, conforme á la calidad del negocio; porque cuando no se oyen las justas quejas de los vasallos contra los gobernadores, demas del cargo de la conciencia, los mismos gobernadores se hacen más absolutos, y los vasallos, viendo que no son desagraciados ni oídos, entran en desesperacion.

Y no ménos enseña esta misma prudencia á no dejar mucho tiempo en el gobierno al ministro de quien el príncipe tiene mala satisfacion, fundada en justa y probada razon; porque el dejarle es flaqueza y muchas veces conciencia, y el traerle disgustado es darle ocasion para que no acierte á dar gusto, y para que los súbditos no le obedezcan ni tengan el respeto que deben. Y por eso, ó se han de disimular las faltas si son ligeras, ó si son tan graves que lo pidan, quitar el ministro y poner otro, y darle la autoridad que conviene, porque esta autoridad es gran freno para que el pueblo le obedezca y él acierte en su gobierno, como lo hacia el emperador don Carlos V, de gloriosa memoria, el cual es alabado por la gran cuenta que tuvo en conservar la autoridad de sus ministros (1).

Enseña esta misma prudencia á escoger por embajadores hombres muy discretos y que sepan representar la grandeza de su príncipe, y tratar con valor y blandura los negocios que se hubieren de tratar, y dar fácil salida á las dificultades que se ofrecen, y ser más ángeles de paz entre los príncipes que atizadores del fuego, que muchas veces por una pequeña centella entre ellos se enciende.

Enseña en la eleccion del capitán general á tener más cuenta con la virtud y valor de la persona que con el linaje y grandeza de su casa; porque, como sabiamente dijo Leon, emperador, en aquel libro que escribió *De bellico apparatu*: «Así como nosotros para conocer el ánimo generoso de un caballo no miramos tanto de qué raza es, cuanto su talle, cuerpo y proporcion, y obras que hace, así para estimar la verdadera nobleza no se debe considerar tanto el resplandor de los progenitores como el propio valor y virtud.» Aunque cuando ésta se junta con la sangre y estado, campea más, como el esmalte sobre el oro, y debe ser antepuesta á la virtud sola y desnuda, como en el capítulo de la justicia distributiva del príncipe declaramos.

Y asimismo enseña la prudencia que nunca se pongan dos cabezas en un ejército, entre las cuales pueda haber competencia; porque se han visto grandes daños y perderse las empresas públicas por el odio ó envidia y emulacion particular de los capitanes. Un Dios gobierna el universo, un sol hay en el cielo, un rey en el reino, un padre de familias en cada casa, y un capitán general debe haber en cada ejército.

(1) Tarcagnot., part. III, lib. V.

CAPÍTULO XXXIII.

Cómo se alcanza la prudencia.

Son tantos los documentos y reglas de prudencia que deben guardar los príncipes, que sería imposible escribirlas todas, y por muchas que se dijese, siempre quedarian muchas más que decir, y todas aprovecharian poco, si el príncipe no tuviese en sí la prudencia natural, y la que nuestro señor comunica á los que con humildad se la piden; porque cierto que la prudencia es don suyo, y cosa que se puede aprender mal, por ser tantos los particulares, y tantas y tan varias las circunstancias que el verdadero prudente debe considerar en sus acciones, para acertar, que no se pueden con ningunas reglas comprender, aunque algunas aprovechan, y las que aquí quedan referidas, y otras semejantes, no creo que serán dañosas.

Y si hay algun camino para aprender la prudencia acá en la tierra (demas de lo que arriba dijimos), creo que es no fiarse el hombre de sí ni de su prudencia, y tratar y consultar sus cosas con varones fieles y prudentes, y ir haciendo memoria de los sucesos de las cosas que cada dia pasan por él, y aun de las faltas que, como hombre, hace el príncipe, para que le sean de aviso y de escarmiento para no faltar, porque no hay cosa que más nos enseñe que la experiencia de lo que nosotros mismos probamos y tocamos con las manos, y en leer los libros de los que fueron prudentes, en los cuales se hallan muchos y muy provechosos avisos para el gobierno y conservacion de los estados. Y estos libros, torno á decir que debrian leer los príncipes con grande atencion y cuidado, porque, como son de autores ya muertos, dicen las verdades con llaneza y sin lisonja; lo cual muy pocas veces hacen los vivos, por más amigos que sean. Y este aviso dió el filósofo Demetrio Falerio á Ptolomeo, rey de Egipto.

Y Basilio, emperador, en una instruccion que dió al príncipe Leon, su hijo, le dice estas palabras: «No os sea pesado revolver las historias antiguas, porque en ellas hallaréis sin trabajo lo que otros con trabajo han allegado, y dellas sacaréis las virtudes de los buenos y los vicios de los malos, las mudanzas continuas de la vida humana, y la rueda y mutabilidad de las cosas, inestabilidad del mundo y las caídas apresuradas y miserables de los imperios; y para decirlo en una palabra, el castigo de los malos y el premio de los buenos y virtuosos, para que huyais las maldades de los unos y no caigais en las manos de Dios nuestro Señor, y os abraceis con la virtud y alcanceis los premios que la acompañan» (2). Esto dice aquel sabio príncipe á su hijo, enseñándole el provecho que podria sacar de la historia. Y el rey don Alonso de Nápoles es muy alabado porque se ocupaba en leer y oír leer las historias antiguas, y tenia en su casa grandes oradores y letrados (3).

(2) Lipsius, in notis, lib. I, De Rep., cap. IX. (3) Jerónimo Zurita, lib. XVI, cap. IV.

Quiero acabar este capítulo con decir que entre las otras reglas que da la prudencia, es una saber medir y poner tasa á la misma prudencia, porque hay algunos tan mirados y remirados, que revientan de prudentes y nunca acaban de determinarse en cosa que quieran hacer; porque, como se les ponen delante tantas razones por una parte y por otra, y ven tantos inconvenientes en el hacer y en el dejar de hacer, no saben salir de aquel laberinto; y puesto caso que ésta parezca prudencia, no lo es, sino falta de juicio resolutivo, firme y constante, que nace de la natural condicion y de un cierto deseo de acertar; porque la verdadera prudencia enseña que no hay cosa en el gobierno del príncipe sin inconvenientes, y que donde hay ménos es lo mejor, y da luz para ver dónde hay ménos inconvenientes, y fuerza para escogerlo y ejecutarlo; que por esto dijo el Espíritu Santo: *Et prudentie tue pone modum*; pon tasa á tu prudencia (1); porque, siendo ella la que da tasa y medida á las demas virtudes, no es justo que carezca de su medida y tasa. Y para que no falte á esta materia de la prudencia su tasa, la acabo yo aquí, para comenzar la de la fortaleza del príncipe cristiano, en la cual consiste la fuerza y nervios de la república.

CAPÍTULO XXXIV.

De la fortaleza que debe tener el príncipe cristiano, y lo que enseña della Maquiavelo.

La postrera virtud del príncipe cristiano es la fortaleza, de la cual habemos de hablar en los capítulos siguientes; y digo que es la postrera, no porque tenga el postrer lugar entre las otras virtudes, sino porque es el sello y guarda de todas, y la que las tiene debajo de su amparo y defensa, y sin ella quedan desarmadas y desnudas. Pues la fortaleza es una arma y peto fuerte, y como dice Séneca, un bestion inexpugnable de la flaqueza humana, y yo la he dejado para la postre, por tratar más largamente della; porque, aunque la doctrina de Maquiavelo acerca de la religion es impia, y acerca de las virtudes del príncipe falsa y peligrosa, como habemos visto, la que enseña de la fortaleza es necia y desatinada.

Las palabras de Maquiavelo en que habla de la fortaleza son éstas, traducidas fielmente de italiano en castellano: «Pensando dónde pueda nacer que en aquellos tiempos antiguos los pueblos fuesen más amigos de la libertad que en éstos, creo que nazca de la misma causa que ahora hace á los hombres ménos fuertes, la cual pienso yo que sea la diversidad de nuestra educacion y de los antiguos, fundada en la diversidad de la religion nuestra y suya; porque, habiéndonos nuestra religion enseñado la verdad y el verdadero camino (estas y otras semejantes palabras suelen decir los políticos para mejor engañar), hace que estimemos ménos la honra del mundo; y como los gentiles la estimasen tanto y la tuviesen por su sumo bien, eran

sus acciones más feroces» (2). Y va probando esto con tres razones.

La primera, porque los gentiles usaban de muchos y magníficos sacrificios de animales llenos de sangre y terribles, y los hombres, mirándolos, se embravecian y se hacian semejantes á lo que veian; la segunda, porque la religion antigua no tenia por bienaventurados sino á los grandes y poderosos, á los capitanes de ejércitos y á los príncipes y señores; mas nuestra religion pone la felicidad en la humildad, abatimiento y pobreza; la tercera, porque, puesto caso que la religion cristiana quiera que seamos fuertes, pero más quiere que seamos sufridos que fuertes; y concluye con estas palabras: «Pues esta manera de vivir parece que ha enflaquecido y debilitado el mundo, y dádole como á saco á los hombres malvados, para que sin resistencia y con seguridad puedan hacer de él á su voluntad.» Esto es lo que enseña Maquiavelo de la fortaleza cristiana.

Pues para declarar mejor la necia impiedad y impia necedad deste malaventurado maestro de los políticos de nuestro tiempo, se ha de presuponer que, segun Platon, Aristóteles, Ciceron, san Ambrosio y otros graves autores, y toda buena filosofia, la virtud de la fortaleza de que hablamos, no es una cierta valentia ó fuerza corporal extremada, desmedida y espantosa, que tienen algunos hombres robustos, nervosos y de miembros recios y macizos, como la tuvo Hércules y Milon Crotoniátes y otros hombres de grandes fuerzas.

Ni tampoco es un ánimo osado y temerario, que tienen otros, que sin mirar si la cosa es justa ó injusta, honesta ó fea, debida ó indebida, si hay peligro ó no le hay, atrevida é imprudentemente se dejan arrebatar de un impetu furioso y loca temeridad, y acometen cosas de mucho trabajo y peligro, y la tienen por fortaleza, no siendo sino temeridad; que si ésta fuese verdadera fortaleza y verdadera virtud, tambien, y aún mejor, la pondriamos en los leones y en los tigres, y en la bada y otros animales feroces, que tienen mayores fuerzas y temen ménos, y con mayor denuedo y impetu acometen á su enemigo; pero hablamos de la fortaleza, que es virtud moral, y la que arma al varón fuerte para que resista al vano temor y modere la demasiada osadía, y acometa cosas dificultosas en que haya peligro de muerte, y sufra los asaltos y penas con valor y constancia; y todo esto cuando y como es menester, para gloria de Dios nuestro Señor y de su religion y de su patria. Esta tal fortaleza es la que llamamos virtud, y la otra que pinta Maquiavelo ni es ni se puede llamar virtud de fortaleza, sino una bárbara é inhumana fiereza. Esta verdad con sola la lumbre natural conocieron los gentiles.

Platon dice (3) que se hallan muchos de grandes fuerzas corporales, que son hombres injustísimos,

(2) En el II cap. del II lib. de los Discursos sobre Tito Livio. (3) Lib. XVII, in Protagora, sive contra Sophistas.

(1) Prov., XXXIII.

profanísimos, disolutísimos é inorantes, los cuales vicios no caben en el que tiene la virtud de la verdadera fortaleza. Y en otro lugar dice (1) que en muy pocos se halla la fortaleza y la providencia; mas la ferocidad y osadía, que no teme ni tiene providencia, se halla en muchos.

Ciceron, hablando de la virtud de la fortaleza, dice estas palabras (2): «La grandeza de ánimo, que se conoce en los peligros y en los trabajos, si no está acompañada con la justicia, y pelea por su interés, y no por el bien común, no es loable, sino reprehensible; porque no es virtud, sino una cierta fiereza, enemiga de toda humanidad. Y por esto los estoicos definieron prudentemente la fortaleza cuando dijeron que es una virtud que defiende la justicia.» Añade más abajo (3): «Admirablemente dijo Platon que así como la ciencia que no está engastada en la justicia no se debe llamar sabiduría, sino astucia y malicia, así cuando el hombre se pone al peligro por su voluntad, y no por el bien público, no puede tener nombre de fuerte, sino de atrevido, porque aquélla no es fortaleza, sino osadía.» Y esto mismo enseña Aristóteles y santo Tomas, y todos los otros que tratan desta materia (4).

Tambien se ha de presuponer que, así como Dios nuestro Señor en sí es un piélago de infinitas perfecciones, y todas ellas son en él una misma cosa substancial y el mismo Dios (porque en Dios no hay sino Dios), así en Dios hay infinita virtud y fortaleza (que es una destas perfecciones divinas); de la cual, como de su fuente y origen, se deriva toda la fortaleza que hay en el hombre y en todas las criaturas; porque, de la manera que no hay ser sino participado de aquel sumo Ser, ni sabiduría sino comunicada por aquella suma Sabiduría, ni bondad que no mane de aquella suma é inefable Bondad; desta mesma manera toda la fortaleza y valentia que se halla en los hombres es una como gota de agua que se distila de aquella fuente soberana y principio de toda fortaleza, que es Dios, del cual dice Job (5) que es sabio de corazón y fortísimo; y en otro lugar, que la fortaleza está con Él, y que ninguno puede resistir á su saña, y que los ángeles y inteligencias que mueven los cielos y gobiernan el mundo se inclinan y humillan delante dél; y en otros muchos lugares dice maravillas de la fortaleza incomprendible del Señor.

Y el profeta David dice (6) que todo lo que quiso el Señor hizo, así en el cielo como en la tierra y en todos los abismos. Y por esto dijo el mismo Señor por Jeremías (7): «Yo hice la tierra y los hombres, y los animales que viven sobre la haz de la tierra, con mi fortaleza grande y con mi brazo poderoso, y la he dado á quien me ha placido.»

Y en el *Deuteronomio* (8), hablando con su pueblo, dice: «No digas en tu corazón: Mi fortaleza y

(1) Lib. xxi, *De Fortitudine*, in *Lactet.* (2) Lib. i, *De Offic.*

(3) In *Memnon.* (4) Arist., *Ethic.*, lib. ii, cap. vi, vii, viii et ix; *Div. Thom.*, II, II, q. 125, art. 6. (5) Job, v et xii.

(6) Psalm. cxxxiv. (7) Hierem., xxvii. (8) *Deut.*, viii.

el poder de mis manos me han dado lo que tengo; mas acuérdate de tu Señor Dios, y que Él es el que te dió fuerzas para alcanzarlo; lo cual conoció y agradeció bien el rey David (9) cuando dijo: «Vos sois, Señor, el que me ceñís y armáis con vuestra fortaleza, el que me haceis andar por camino limpio, y que mis piés corran como los ciervos, y me poneis en lugar alto y seguro; el que enseñáis á pelear á mis manos, y dais vigor y fuerza á mis brazos, como si fuesen un arco de metal.»

Y por esta misma causa dijo el santo Job (10): «Señor, poneme á vuestro lado, y todo el mundo pelee contra mí»; porque con Dios no hay que temer, y sin Él toda la fortaleza del mundo es como una pavesa de fuego de estopa. Y lo que más descubre este poder soberano de Dios es ver que por medio de criaturas muy flacas y viles espanta, castiga y humilla á los soberbios príncipes, y deshacera y deshace los ejércitos poderosos, y hasta las ranas, las moscas y los mosquitos, y otras sabandijas y animalejos soeces y asquerosos, cuando Él es servido, son alguaciles y verdugos del Señor para sujetar toda la potencia del mundo.

Pues si la fortaleza es virtud, ¿quién tendrá más fortaleza, el virtuoso ó el vicioso, el bueno ó el malo? Y si es don de Dios, como lo son todas las virtudes, ¿á quién la comunicará más liberalmente el Señor, á sus amigos ó á sus enemigos; á los que le conocen y amar, ó á los que le desconocen y vuelven las espaldas; á los que con ella le han de servir, ó á los que la toman por armas contra el mismo Dios que se la dió; á los que adoraban las piedras, el leño y el barro, y las obras de sus manos, ó á los cristianos, que adoran y sirven al Criador de todas las cosas, y le miran y reverencian como á su último y sumo bien? De lo cual se sigue que necesariamente el cristiano ha de ser más fuerte que el gentil; ántes que la virtud verdadera de la fortaleza no la pudo tener ningun príncipe gentil, por más esforzado y valiente que parezca; y que esta virtud, con las demas verdaderas y perfectas, solamente se haHa y se puede hallar en el cristiano, como lo probamos en el primer capítulo deste segundo libro.

CAPÍTULO XXXV.

Examínense las razones de Maquiavelo.

Pero examinemos las razones que da Maquiavelo para probar que la religion cristiana ha debilitado al mundo y quitádole la fortaleza y vigor, porque son tan desbaratadas, que yo me maravillo que ningun hombre prudente le tenga por cuerdo y se quiera servir de su doctrina. La primera dice que es, porque los antiguos usaban de muchos y magníficos sacrificios, llenos de sangre y horribles, que hacian bravos y feroces á los que los veían; de los cuales carece la religion cristiana. ¿Hay disparate como éste en el mundo? ¿Qué tiene que ver la sangre de animales con la virtud de la ver-

(9) Psalm. xvii. (10) Job, xvii.

dadera fortaleza? ¿qué el corazón fiero y cruel, que se apacienta con los sacrificios y muertes de bestias, con el pecho fuerte y valeroso, que se mueve con la razón y se ofrece á la muerte, y la sufre por la virtud?

Si el ver derramar sangre de animales fuese bastante causa para engendrar en nosotros la fortaleza, no habria hombres más fuertes y valientes que los carniceros, que continuamente traen las manos bañadas en sangre de animales; y si hallarse en los sacrificios de las bestias fuese causa de la fortaleza, mucho más lo sería el ver sacrificar hombres; y así aquellas naciones serian más fuertes y de más valor, que sacrifican hombres y hacen más copiosos y magníficos sacrificios á sus falsos dioses, como los hacian los gentiles de la Nueva España y del Pirú, y otros, ántes que recibiesen el suave yugo de Jesucristo, nuestro redentor, y la luz del santo Evangelio.

¿Qué crueles, qué inhumanos, qué crudos y bárbaros eran aquellos idólatras en el tiempo que estaban en sus tinieblas? ¿qué de sangre derramaban de niños inocentes, de doncellas delicadas, de manebros robustos, de todo genero de hombres? ¿qué regados de sangre estaban los altares y templos del demonio? ¿cómo baheaban los corazones arrancados de los hombres medio vivos y medio muertos, que eran sacrificados delante de todo el pueblo, en tan gran número, que algunas veces en Méjico se sacrificaban cinco mil, y vez hubo que en diversas partes sacrificaron veinte mil personas, como lo dice el padre Josef de Acosta, de nuestra Compañía, en su *Historia natural y moral de las Indias*? (1). Mas los de aquellas provincias no por ver esta carnicería eran más valientes, pues tan pocos españoles pudieron vencer y sujetar un número innumerable de indios, criados con semejantes sacrificios, empapados en sangre y apacentados con las muertes de sus mismos hermanos y hijos.

Pues la segunda razón, aunque tiene más apariencia, es de ménos tomo y substancia; porque, dado que la esperanza del premio es gran estímulo para el trabajo, y que la opinión de la felicidad mueve é incita mucho al hombre á poner su vida al tablero por alcanzar honra y gloria, y que la religion cristiana enseña á menospreciar y tener por vana y frágil la que el mundo á boca llena llama felicidad, y poner en la pobreza y abatimiento de Cristo su bienaventuranza, como dice Maquiavelo, no por eso se sigue que su razón tenga fuerza, sino ántes lo contrario; porque, si el premio mueve al trabajo y al peligro y á hacer obras dignas de valor, el mayor premio moverá más, y el premio grandísimo moverá en gran manera.

Pues pregunto yo cuál sea el premio que espera por sus hazañas el cristiano fuerte y valeroso. No son honras, no riquezas, no hábitos de caballería, no encomiendas, no gloria vana y popular, no

(1) Lib. v, cap. xxi.

mando é imperio, no otra cosa alguna de las que, aunque se deben dar á los hombres virtuosos, no son digno galardón de la virtud; porque todas estas cosas son frágiles y caducas, y se acaban con la vida, que es brevíssima; y el verdadero fuerte de quien hablamos no tiene tan bajos fines, ni se abate á cosas tan rateras, ni estima en tan poco su vida, que la quiera vender por precio tan vil. A Dios mira como á su principio y fin, y sabe que el mismo Señor, que es autor de su fortaleza, es también su premio y su galardón; y por eso es animoso en acometer cosas arduas, fuerte y constante en el padecer y en el morir, porque sabe que con la muerte no se remata, ántes comienza la vida del que muere en justa guerra por defensa de la virtud, y que aquella vida es vida bienaventurada y colmada de todos los bienes, y que durará mientras que Dios fuere Dios.

¿Hay comparacion de premio á premio, de galardón á galardón, de la felicidad y gloria incierta que esperaba el soldado y capitán gentil de su príncipe ó de su república, á la cierta y segura que espera de Dios el soldado cristiano y valeroso? ¿Quién morirá de mejor gana por su patria: el gentil, que cree que con su vida se acaba su felicidad, ó el cristiano, que cree que con su muerte comienza su verdadera vida; el que aguarda solamente premios temporales é inciertos de su príncipe, ó el que espera con los temporales juntamente los eternos? Y puesto caso que las cosas presentes mueven mucho y llevan á los hombres tras sí; pero el verdadero y fino cristiano, alumbrado con la luz de nuestra santa fe, aunque no ve lo que espera, tiénelo por tan cierto y seguro como si lo viese, y trabaja y muere por ello, como si lo tuviese en las manos.

Julio César escribe (2) que los druidas enseñaban á los galos ó franceses que no morían las almas cuando el hombre muere, sino que entraban en otros cuerpos; y que con esta sola persuasión, aunque falsa, se animaban mucho á pelear y se entraban por las picas los soldados, porque entendían que la muerte no era sino una mudanza de vida, y pasarse el alma de un cuerpo en otro. Pues si esta necia y vana persuasión bastaba para dar ánimo y hacer fuertes á los gentiles, ¿qué hará la certidumbre y seguridad que tiene el cristiano de la otra vida y de la bienaventuranza que espera?

Pues ¿qué diré de la tercera razón de Maquiavelo, que juzga que la paciencia y sufrimiento que nos pide la religion cristiana corta los nervios y embota los aceros y los filos de la verdadera fortaleza, en lo cual se engaña gravemente, como en todo lo demas; porque, como sabiamente enseñan Aristóteles y santo Tomas, la verdadera fortaleza tiene dos oficios: el uno es acometer, el otro resistir y sufrir; y este segundo dicen ellos que es más principal oficio de la fortaleza que el primero; pues siendo esto así, como dice Maquiavelo, que entre los cristianos no hay hombres tan fuer-

(2) Lib. vi, *De Bell. Gall.*

tes como entre los gentiles, ¿por qué la religion cristiana quiere que seamos más sufridos que fuertes? ¿Ésta no es inorancia y poco saber? Porque si la principal y más excelente parte de la fortaleza es el sufrir, el que más y mejor sufre, ése será más fuerte, porque ejercita aquella parte de la fortaleza que es más principal y más dificultosa, y así repugna el ser uno sufrido, y no fuerte, y que no haya en la Iglesia de Dios fuertes, porque hay sufridos.

La ley evangélica nos manda que seamos mansos, pacientes y sufridos; que amemos al que nos aborrece, y queramos y hagamos bien al que nos quiere y hace mal. Mas no por eso se debilita el vigor de la fortaleza cristiana, que es virtud, y principalísima virtud, como también lo son la mansedumbre, la paciencia y sufrimiento, y sobre todas la caridad, por la cual queremos y hacemos bien al que nos quiere y hace mal, porque Dios así lo ordena y manda. Y siendo todas estas virtudes, no pueden ser contrarias entre sí; antes están tan hermanadas y trabadas todas las virtudes unas con otras, que no se puede hallar una perfecta virtud sin las demás, como lo prueban los sabios filósofos y santos doctores.

Y así no puede haber verdadera y perfecta fortaleza sin paciencia, sufrimiento y mansedumbre, y sin las otras virtudes que nos enseña y manda la ley de Jesucristo, nuestro redentor, por más que parezcan contrarias, porque no lo son; de manera que la mansedumbre y el sufrimiento no es contrario á la virtud de la fortaleza, como acabamos de decir, antes no puede uno ser verdaderamente fuerte, hablando de la fortaleza, que es virtud, si no es sufrido y manso en sus agravios, sufrido en los trabajos y dolores, osado y de ánimo valeroso en acometer cosas arduas y que traen consigo peligros de la vida, y en resistir á todos los encuentros y dificultades que se pueden ofrecer, y esto por guardar y defender la ley de Dios, por amor de la patria, por hacer bien á muchos, por conservar y amplificar la santa religion y por cualquiera obra honesta y de virtud.

Y por esto la ley de la Partida (1), que enseña que los caballeros deben ser bien acostumbrados, dice que esto es que «de una parte sean fuertes y bravos, é de otra parte sean mansos é homildosos.» Gran virtud, dice san Isidro (2), es no ofender á quien os ofendió; gran fortaleza es perdonar al que os ha injuriado; gran gloria es poderse vengar y no quererse vengar.

¿Qué hombre hubo más fuerte y más manso que Moisés? ¿quién supo mejor juntar la blandura y ternura de corazón con esta fortaleza y ánimo invencible, de que vamos hablando, que el rey David, pues tan bien supo perdonar al rey Saul y derribar al soberbio gigante, llorar á su hijo Absalon, que le habia querido quitar el reino y la vida, y matar, siendo aún mochacho, al oso y al leon; su-

(1) Part. II, tit. XXI, lib. VII. (2) In Soliloq.

frir las maldiciones y oprobrios de Semei con tanta paciencia, y ser terror y ruina de todos los filisteos?

El príncipe valeroso debe ser juntamente manso y benigno, para que por la mansedumbre sea amado, y por la fortaleza temido; manso para los rendidos y para los buenos y desvalidos, severo y grave para humillar á los soberbios y altivos; en perdonar sus injurias fácil y piadoso; en castigar las de Dios, terrible y celoso. Y esto lo conocieron y enseñaron aún los filósofos y sabios gentiles, entre los cuales leemos admirables ejemplos de príncipes que, siendo fuertes como leones contra sus enemigos armados, fueron benignos con los ya rendidos, y pacientes y sufridos en sus injurias, por lo cual son alabados y magnificados de toda la antigüedad; no habiendo sido aquella más que una apariencia y sombra de virtudes; y los romanos traian por blason: *Parcere subjectis, et debellare superbis*; perdonar á los rendidos, y rendir á los soberbios. Y Plutarco, alabando al gran Alejandro, dice (3) que su valor militar estaba acompañado con humanidad y que era fuerte con mansedumbre.

CAPÍTULO XXXVI.

La semejanza que tiene la religion cristiana con Cristo, y con qué ojos debe ser mirada.

La causa por que Maquiavelo y los otros políticos hablan tan bajamente de la religion cristiana es porque la miran con ojos lagañosos y no limpios, y no como se debe mirar; porque la religion cristiana es un rayo de la divina luz, y una perfectísima imagen y un vivo retrato de Cristo, su esposo y señor; porque, así como en los ojos de los judíos y gentiles parece Cristo humilde, menospreciado y abatido, porque no miran en Él sino aquella figura exterior con que desnudo y enclavado en una cruz se hizo oprobrio del mundo por nuestros pecados, y tienen por suma flaqueza y locura lo que la fe católica predica deste inefable misterio, así estos mismos infieles y gentiles se burlan de la religion cristiana, porque enseña el menosprecio de todas las cosas temporales, y la humildad y mansedumbre, y el volver bien por mal, y amar á quien nos aborrece, y vengar las propias injurias con buenas obras; porque no miran el meollo que está dentro desta corteza; pero el fiel y verdadero cristiano, que con los ojos limpios y alumbrados con la fe y luz del cielo conoce y confiesa que aquel hombre que por nuestras culpas murió en la cruz es juntamente verdadero Dios y Señor de todo lo criado, halla la vida en la muerte, y la gloria en la afrenta, y la sabiduría de Dios en esta locura, y la fortaleza en esta flaqueza que se muestra de fuera.

Que por eso dijo san Pablo (4) que predicaba á Cristo crucificado, que era escándalo para los judíos y locura para los gentiles; pero para todos los

(3) Orat. I, De fortit. vel virtut. Alexand. (4) I, Cor., I.

que habian sido llamados y alumbrados del Señor era fortaleza y sabiduría de Dios. Pues lo mismo digo de la religion cristiana: que si miramos solamente la humildad y mansedumbre que profesa, el menosprecio de todas las cosas perecederas que enseña, el aborrecimiento y abnegacion de sí mismo que nos pide, y paramos en esta figura exterior, sin pasar más adelante, vendremos á creer y decir los disparates que dice Maquiavelo.

Pero si con ojos de fe y lumbre del cielo entramos en el palacio interior y real desta reina, y examinamos los secretos misterios que hay en ella, y consideramos atentamente las riquezas y tesoros, las joyas y piedras preciosas que posee, el concierto y aparato desta casa real, y la grandeza y majestad con que el Señor es servido en ella, desfallecerá nuestro espíritu más que el de la reina Sabá, cuando vió la corte y palacio del rey Salomon (1), y diremos que no es nada todo lo que della habemos oido; lo cual se ha dicho para que no juzguemos con nuestro flaco y corto juicio de la doctrina del cielo, sino con la luz que ella misma nos da, y con justo peso estimemos lo que tanto excede toda nuestra capacidad; que puesto caso que un finísimo rubí ó diamante en las manos de un zafio y grosero aldeano sea de poco valor, porque no le conoce, no por eso deja de ser de gran precio en los ojos del lapidario que le conoce y estima.

Tiene tan grande fuerza esta verdad, que aún algunos gentiles vieron una como vislumbre della. Platon, en persona de Sócrates (2), su maestro, prueba que en ninguna manera (que quiera que diga el vulgo) es lícito hacer agravio á nadie, ni vengarse de sus injurias: *Neque ulcisci decet, dice, neque malefacere cuiquam hominum, quodcumque ab aliis ipse passus fueris*; no es cosa decente vengarse ni hacer mal á hombre alguno, por mucho que de los otros hayas padecido.

Los escritores antiguos alaban á Licurgo (3), porque habiendo sido herido de un mozo, y perdido un ojo con un bote de lanza que le dió, y queriendo hacer justicia dél, le salvó y perdonó y llevó á su casa, y le enseñó la filosofia y le sacó un buen ciudadano; y á Focion (4), porque, despues de haber servido admirablemente á la república de Atenas, fué sentenciado á muerte, con notable desagradecimiento y crueldad, y él mandó á su hijo que no se acordase dello.

Séneca, alabando la clemencia de Augusto, emperador (5), que fué extremada, dice que Augusto fué buen príncipe, y que con razon fué llamado padre de la patria, no por otra cosa sino porque sus afrentas (que á los príncipes suelen ser más molestas que sus mismas injurias) las llevaba con grande moderacion, y cuando decian algunas palabras contra él, él se sonreia, y cuando, forzado de la necesidad, castigaba, parecia que recibia más pena que el mismo que era castigado.

(1) III, Reg., I. (2) Lib. XXVII, á Criso. (3) Plut., in Licurgo. (4) Plut., in Phoc. y en los Apophth. (5) Lib. I, De Clem., cap. X.

Ciceron alaba á Julio César (6) por haber perdonado á Marco Marcelo, que habia sido su grande enemigo; y encarece tanto esta obra, que la antepone á todas las vitorias de César, con haber sido tan señaladas, que con ellas se hizo señor del mundo, y pruébalo con dos razones: la primera, porque las otras vitorias no eran todas suyas, sino parte suyas, y parte de sus ejércitos y soldados, y parte de la fortuna, que en la guerra puede tanto, que quiere ser conocida por señora de las vitorias y buenos sucesos; pero aquella vitoria con que César habia refrenado su justo enojo, y perdonado y honrado á su enemigo, dice Ciceron que toda era suya, sin que la fortuna se pudiese entremeter, ni los soldados y capitanes tener parte en ella.

La segunda razon es, porque las otras vitorias habian sido más fáciles de alcanzar, y por eso menos admirables; mas el perdonar á Marcelo habia sido cosa más ardua y dificultosa, porque si Julio César sujetó la provincia de Francia á la obediencia del imperio romano, si domó á los britanos, si pasó el Reno y espantó á los alemanes, y deshizo el ejército de Petreyo y á Afranio en España, y en Tesalia venció al gran Pompeyo, triunfador del mundo; en fin, venció gentes, naciones y capitanes que podian ser vencidos, y no era maravilla que unas armas prevaleciesen contra otras, y un ejército de soldados romanos y veteranos desbaratase otros ejércitos que peleaban contra él. Mas para perdonar al enemigo era menester que el vencedor de todos se venciese y sujetase, y amansase su propio corazón (que de suyo era indomable, y con la vitoria podia estar insolente y bravo), y con un género de vitoria nuevo y singular venciese, no solamente á sí mismo, sino también á la misma vitoria, no ejecutando el derecho que la vitoria le habia dado contra los vencidos; todo esto es de Ciceron y es conforme á lo que dice Platon (7), á quien él sigue, que la primera y más gloriosa vitoria es saberse vencer, y la peor ser vencido de sus pasiones.

Y á lo que uno de los setenta y dos intérpretes de la sagrada Escritura respondió á Ptolomeo, rey de Egipto, cuando le preguntó cuál era la cosa más dificultosa en los reyes, y él dijo (8) que vencerse á sí mismos; á lo que dice Plutarco (9) que el que sabe perdonar sus injurias, no sólo es más humano y apacible, sino también más valiente. Y mucho mejor que todos éstos, dice el Espíritu Santo por Salomon (10): «Mejor es el varon paciente que el fuerte, y el que es señor de sí y de su ánimo que el que toma y conquista ciudades.» Para que entendamos que esta manera de clemencia y sufrimiento, no solamente es enseñada de la religion cristiana, sino alabada y ensalzada hasta el cielo de los gentiles, y que no es contraria ni repugnante, sino hija de la verdadera fortaleza; pero para que mejor se entienda la inorancia de Maquiavelo, va-

(6) Orat. pro parc. (7) Lib. IV, De leg., dial. I. (8) Aristeo, De 72 interp. (9) Op. Rei gerendæ præcepta. (10) Prov., XVI.

mos mostrando cuánto mayor y más excelente fortaleza ha habido entre los cristianos que entre los gentiles; y para hacer bien esto, expliquemos las partes de la verdadera fortaleza.

CAPÍTULO XXXVII.

En qué consiste la verdadera fortaleza.

Tratando Ciceron, en el libro primero de los *Oficios*, de la fortaleza política, dice que consiste en dos cosas principalmente. La primera, en menosprecio de todas las cosas exteriores, persuadiéndose el hombre que no se debe maravillar ni desear ni apetecer en esta vida cosa alguna sino la virtud, y que por ella ha de pelear con los hombres y consigo mismo, y resistir á los golpes de la fortuna.

La segunda es, que teniendo este ánimo que digo, haga el hombre cosas grandes y arduas y llenas de trabajos y de peligros de la vida; y esto no por su antojo ó ambicion, sino por el bien público. Y añade que aunque esta segunda cosa es en sí más espléndida, y en los ojos de los otros más excelente, pero que realmente la primera es la raíz y la causa eficiente, de la cual nace estotra segunda; porque del menospreciar el hombre todas las cosas de la tierra, y preciar sola la virtud y determinarse á morir por ella, viene á criarse en él un ánimo generoso y hacerse hábil para emprender cosas arduas y dificultosas en beneficio de los otros. Todo esto dice Ciceron.

Y Aristóteles enseña que la virtud de la fortaleza tiene dos partes principales, que son, como dije, acometer y sufrir; y así, segun estos sabios, tres cosas debe tener el verdadero, fuerte y magnánimo: la primera, menospreciar todas las cosas exteriores; la segunda, sufrir mucho por la virtud; y la tercera, acometer cosas arduas y peligrosas.

Pues segun esta doctrina de dos hombres, aunque gentiles, sabios y políticos, y uno muy ejercitado en el gobierno de la república romana, cuando era señora del mundo, y el otro sapientísimo filósofo y maestro del grande Alejandro, ¿quién podrá negar que en la república cristiana haya habido los más fuertes y más valerosos hombres del mundo, y que nuestra santa religion, no solamente no hace cobardes, pusilánimes ó apocados á los que la profesan, sino que su misma doctrina los hace magnánimos y valientes, pues los hace menospreciadores de todo lo que se ve, y tan amigos de la virtud, que mueren por ella?

¿Ha habido, por ventura, despues que el mundo es mundo, otra religion ó secta alguna, que enseñe lo que nos enseña nuestra sagrada religion? ¿Ha habido en alguna tantos y tan excelentes y admirables varones como en la nuestra, que hayan vivido con tan extraño menosprecio de todas las cosas perecederas, como si fueran ángeles vestidos de cuerpo mortal?

No quiero hacer comparacion de los nuestros con los otros, por no escurecer la gloria y resplandor de la religion cristiana con la escuridad y tinie-

blas de cualquiera otra secta y falsa religion, y por no hacer agravio á innumerables varones esclarecidos y santísimos, de que está llena y rica la Iglesia católica, trayendo los ejemplos de algunos pocos que los gentiles celebran y levantan sin razon hasta el cielo; porque, demas que todos los que ellos ensalzan y alaban por este menosprecio y fortaleza son muy poquitos, y los nuestros, como dije, son innumerables, mucho de lo que ellos escriben es añadido y fingido; y puesto caso que todo fuese verdad, hay tan grande diferencia entre las virtudes de los unos y de los otros, que las de los gentiles se pueden tener por virtudes contrahechas y pintadas, y las de los nuestros por verdaderas y macizas, como arriba queda probado.

Pues ¿qué diré del resistir y sufrir, que Aristóteles pone por la más señalada é importante parte de la fortaleza? ¿Ha habido religion en el mundo que con infinitas partes se pueda comparar con la Iglesia católica, que está rodeada y armada de innumerables ejércitos de fortísimos soldados y mártires, de cuyas alabanzas ni puedo callar ni sé cómo hablar? Porque ¿qué lengua, aunque sea de ángeles, podrá explicar la fortaleza increíble de estos gloriosísimos caballeros, las penas atrozísimas que padecian, como dijimos arriba, los tormentos cruelísimos que pasaron, de agua, y fuego, de hambre y sed, de calor y frio, de pobreza y desnudez, de cárceles, prisiones, cadenas, potros, peines de hierro, de bestias fieras, horcas, ruedas, quebrantamiento de huesos, y los demas suplicios que el demonio con su ingenio y ódio que tiene á Jesucristo pudo intentar, y la paciencia y constancia, la alegría y regocijo, y aquella bienaventurada seguridad y semblante del cielo con que los padecian? Y esto, no uno ni dos, ni en una ú otra provincia, ni por pocos años, sino por espacio de más de trescientos años, en todas las persecuciones que tuvo la santa madre Iglesia, en tantas y tan diversas tierras y regiones del mundo, en las cuales fueron tantos los mártires que murieron, que, como las estrellas del cielo, no se pueden contar.

Y si tuvieran esta fortaleza los hombres solos, fuera ménos maravilla; pero las mujeres flacas, las doncellas delicadas, los niños tiernos eran atormentados con penas extrañas y horribles, y las vencian, y triunfaban de sus atormentadores y del pecado y de la muerte, escogiendo ántes cualquiera género de muerte, por espantosa y extremada que fuese, que la vida con mancilla y ofensa de la santa religion.

Este solo argumento es suficientísimo, cuando todos los demas faltasen, para entender que la religion cristiana no hace á los que la profesan cobardes ni medrosos, sino fuertes, animosos y vencedores de todos los peligros, y triunfadores de todos los tormentos que por la misma religion se les pueden ofrecer.

Y siendo esto así, también serán fuertes y animosos para emprender cosas arduas y dificultosas en el gobierno de la república, cuando para el bien

della y beneficio de los hombres fuere menester; porque esto les enseña la misma religion, y no se puede creer que el que no se deja vencer de la muerte afrentosa y cruel se dejará vencer de otros peligros y temores menores, cuando fuere necesario pasarlos por cumplir con su conciencia y obligacion.

Dirá por ventura Maquiavelo que la fortaleza de los mártires no es fortaleza política (de la cual él habla), sino una confesion y testificacion de su fe, y que á lo ménos en esta fortaleza militar y propia de soldados y guerreros, los cristianos son inferiores á los gentiles, porque no han acometido ni acabado cosas tan arduas y tan peligrosas como ellos acometieron y acabaron, que es la otra parte de la fortaleza que ponen Aristóteles y Ciceron. Esta es otra falsedad tan necia como las pasadas, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPÍTULO XXXVIII.

De los soldados y capitanes valerosos que ha producido la religion cristiana.

¿Quién podrá comprender en pocas palabras, y encerrar en un tratado tan breve como éste, tantos y tan famosos caballeros, soldados valerosos, capitanes esforzados, reyes y emperadores invencibles, que cercan y fortalecen la Iglesia católica, y se pueden comparar ó anteponer á los mayores y mejores del mundo?

¿Qué Tulio ó qué Demóstenes podrá con su elocuencia, no digo alabar, sino referir las hazañas maravillosas que han hecho, las batallas que han dado, las vitorias que han alcanzado, las tierras que han descubierto, las naciones que han sojuzgado, los reyes y monarcas que han puesto debajo de sus piés con tan extremado valor y magnanimidad, que justamente, como dije, se pueden comparar, y áun algunos dellos anteponer, á todos los capitanes antiguos de la gentilidad?

Porque ¿con qué lengua se pueden explicar, ó con qué estilo representar las batallas y vitorias que Constantino Magno, emperador, tuvo de tan poderosos enemigos, Maximiano Hérculeo, Majencio y Licinio, que peleaban contra él con mayor número de soldados romanos y muy escogidos; los triunfos que alcanzó de tantas naciones septentrionales, que ántes de él siempre fueron tenidas por fieras intratables y bárbaras, y la felicidad con que todo el tiempo que él imperó, y en tantas batallas que dió, nunca fué vencido ni él ni ninguno de sus capitanes?

Pues ¿qué diré del gran Teodosio, emperador, nuestro español, cuyas vitorias contra Máximo y Eugenio, tiranos, no fueron ménos ilustres ni ménos gloriosas y áun milagrosas que las de Constantino, pues visiblemente peleó Dios por él, y hasta los poetas gentiles las celebraron con sus versos y poemas? ¿Qué de Heraclio, que reprimió el orgullo de Cósroes, rey de los persas, y con tres vitorias señaladas le quebrantó y quitó el reino, y restituyó al imperio romano las provincias que el

bárbaro enemigo le habia tomado? ¿Qué de Cárlos Martelo, que salvó al reino de Francia de los moros, matando una infinidad de ellos dos veces? ¿Qué de su nieto Cárlos Magno, reparador del imperio, y tan esclarecido príncipe en las guerras, que domó en breve tiempo las naciones que el gran Alejandro no osó acometer y los romanos no pudieron vencer?

No digo nada del excelentísimo capitán Ecio, el cual en aquella famosa batalla de los campos catalanes derramó tanta sangre de los hunos y venció á Atila, su capitán, que se llamaba y era azote de Dios y terror del mundo, y con sus armas mostró el pecho y valor que tiene el que es favorecido de Dios. Ni tampoco quiero hablar de Belisario, que fué defensor de la ciudad de Roma, espanto de los godos, triunfador de los vándalos, domador de los persas y gloria del imperio de Justiniano; ni referir aquí las proezas y hechos señalados de Narsés, sucesor de Belisario, que con tan grande felicidad y gloria acabó por fuerza de armas la grandeza que habian alcanzado y poseído tantos años en Italia los godos con la muerte de Totilas y Teyas, sus reyes y capitanes, y fué libertador de la misma Italia.

Dejo á Godofredo de Bullon, que por su gran valor y altos merecimientos vino á ser el primer rey de Jerusalem, despues que la recobraron los cristianos, y á los príncipes normanos, Gulielmo Ferrabracio, Roberto Guiscardo, Rogerio Bohemundo y los demas. Paso en silencio á los emperadores Otones, tan afamados en las armas.

No digo nada de Simon, conde de Monforte, fortísimo y celosísimo ministro del Señor contra los albigenses, que en tiempo de santo Domingo pregonaron guerra contra la Iglesia católica, y no una, sino muchas veces, siendo él capitán general della, fueron desbaratados, destrozados y muertos muchos de pocos, herejes de católicos, impíos y atrevidos de los que eran piadosos y confiaban en Dios, y por estó eran verdaderamente fuertes, constantes y magnánimos.

Ni de Matías Corvino, rey de Hungría, y de Juan Uniades, que tan hazañosas y gloriosas cosas hicieron en las armas contra los turcos; pero, aunque calle los demas, no es justo pasar en silencio algunos de los muchos valerosos capitanes que ha habido en España, y pueden competir con cualquiera de los más aventajados del mundo; porque ¿quién no se admirará del valor y esfuerzo del rey don Pelayo, que con tan pocos cristianos se opuso al ejército vencedor y triunfador de los moros, y tantas veces le desbarató, y con sus vitorias fué principio que los cristianos volviesen en sí y recobrasen lo que los moros habian ganado?

¿Quién no se maravillará de la vitoria del rey don Ramiro y de las del conde Fernán Gonzalez, que con tan pequeño número de soldados, tantas veces, no sólo resistió á las huestes sin número de los moros y detuvo su furor y braveza, pero hizo grandísima matanza en ellos y los arruinó y destru-